

*El entorno judeoconverso de la Casa y Corte de Isabel la Católica*¹

María del Pilar Rábade Obradó

Tuvieron [los Reyes Católicos] más atención de poner personas prudentes y de habilidad para servir, aunque fuesen medianas, que no personas grandes y de casas principales²

Cuando el noble polaco Nicolás de Popielovo realizó en los últimos años del siglo XV su bien conocido viaje por tierras de la Península ibérica, se asombró de las estrechas relaciones que mantenían los Reyes Católicos con judíos y judeoconversos:

... Lo mismo he oído decir a muchos en España, que la reina es protectora de los judíos e hija de una judía. Yo también observé con mis propios ojos que tiene más confianza con los judíos bautizados que con los cristianos. En sus manos entrega todas sus rentas y censos; son sus consejeros y secretarios, como también lo son del rey, y, sin embargo, en vez de respetarlos, más los odian que otra cosa³.

Las palabras del viajero muestran claramente la extrañeza que le producía el conocimiento de la posición de que gozaban judíos y judeoconversos en la corte

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación del Ministerio HUM-05341/HIST.

² L. Galíndez de Carvajal, *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos*, en CODOIN XVIII, Madrid 1851, pp. 227-239, y en concreto p. 229.

³ Recogido por J. García Mercadal (ed.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, 6 vols., Salamanca 1999, I, p. 298.

de Isabel y Fernando, pero también el rechazo de muchos de sus súbditos hacia esa situación. Tanto, que no sólo odiaban a judíos y judeoconvertos, si no que incluso trataban de explicar lo que les parecía difícil de admitir achacándolo a una supuesta ascendencia hebrea de la soberana ⁴.

Los fuertes vínculos que unieron a los Reyes Católicos con judíos y judeoconvertos habían sido una realidad ya desde tiempos anteriores a su entronización. Así, cuando Isabel y Fernando luchaban por la sucesión de Enrique IV ya se habían rodeado de consejeros y servidores hebreos y cristianos nuevos. Es evidente que los monarcas confiaban en esos consejeros y servidores de sangre judía, a los que encargaban tareas de gran relevancia. Al mismo tiempo, mientras se postulaban como sucesores de Enrique IV, los futuros Reyes Católicos trataron de evitar que sus partidarios cometieran desmanes contra los conversos, marcando así las distancias con los del soberano reinante, cuyos ataques contra los cristianos nuevos se convirtieron en algo habitual ⁵.

En estas circunstancias, es lógico que Isabel, cuando se convirtió en soberana de Castilla, integrara en su Casa y Corte ⁶ a un número importante de oficiales

⁴ En opinión de M.A. Ladero Quesada, “Nicolás de Popielovo, viajero por tierras hispánicas (1484-1485)”, *Iacobus* 9-10 (Sahagún 2000), pp. 91-120, el noble polaco “parece recoger aquí las veladas críticas que circularían en medios de la corte contra los conversos próximos a los reyes, pero lo hace con gran imprecisión e inexactitud” (p. 110).

⁵ Véase M^a P. Rábade Obradó, “‘Cristianos nuevos’”, en M.A. Ladero Quesada (coord.), *El mundo social de Isabel la Católica: la sociedad castellana a finales del siglo XV*, Madrid 2004, pp. 275-292, y en concreto pp. 276-277.

⁶ Como indica D. Torres Sanz, *La administración central castellana en la Baja Edad Media*, Valladolid 1982, p. 46, si en principio se podía establecer una diferencia entre Casa y Corte, a lo largo de los últimos siglos del Medievo “‘casa’ y ‘corte’ experimentaron una progresiva coincidencia, una asimilación”; abundando en esa opinión, M.C. González Marretero, *La Casa de Isabel la Católica: espacios domésticos y vida cotidiana*, Ávila 2005, p. 31, afirma que es un “complejo problema [...] pretender trazar una línea infranqueable” entre Casa y Corte. Insiste en ello A. Fernández de Córdoba Miralles, *La Corte de Isabel I: ritos y ceremonias de una reina (1474-1504)*, Madrid 2002, p. 28, que afirma que “no resulta fácil distinguir en la Castilla bajomedieval los conceptos tan vinculados de la Casa y la Corte. Si a mediados del siglo XIV el término ‘casa’ se utilizaba todavía para referirse al órgano central de la administración real, esta prerrogativa la comparte con el término corte conforme nos acercamos al siglo XV”; añade, a renglón seguido (pp. 28-29), que “aunque es difícil encontrar una lógica [...] puede decirse que, al margen de la tradicional pareja ‘Casa y Corte’, la ‘Corte suele asociarse con la ‘Chancillería’ [...], mientras la ‘Casa’ se une al ‘Rastro’ o ‘Consejo Real’”. Así, “la corte era el centro simbólico de la autoridad política, y englobaba

judíos o de ascendencia judía. Por esta vía, la soberana se vio rodeada de un auténtico entorno⁷ judeoconverso, con el que mantuvo unas muy estrechas relaciones, y cuyo concurso fue esencial, debido a la relevancia de las tareas que se encomendaron a sus miembros, pues entre ellos se contaron personajes tan destacados como el primer arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, el secretario Fernando Álvarez de Toledo o Andrés de Cabrera, el primer marqués de Moya.

Indudablemente, se contaron entre esos “varones principales” que, en opinión de Galíndez de Carvajal, poblaban la “gran casa e corte” de los soberanos, y a los que:

honraron y sublimaron conforme la calidad de su grado, ocupándoles en cosas que les podían servir, y cuando se ofrecía ocasión tenían memoria de les hacer merced; con que todos andaban satisfechos y deseosos de servir en el gobierno del reino y de su consejo⁸.

también a la Casa que —ligada en mayor medida al soberano— acabó definiendo con mayor exactitud el lugar de su presencia física”, si bien “la Casa no dejó de ser el eje del entramado de un gobierno que, en su complejo organigrama institucional, venía caracterizado por el término más globalizante y más abstracto de corte” (p. 29). Como ha señalado M.A. Ladero Quesada, “La Casa Real en la Baja Edad Media”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 25 (1998), pp. 327-350, “Aun reduciéndola [...] al conjunto de oficios dedicados preferentemente a cuestiones de tipo doméstico, privado y familiar del rey, la Casa Real tiene en la Baja Edad Media gran peso e influencia política”, para añadir que “al formar sus oficiales y servidores el entorno inmediato del rey y gozar de su confianza, es frecuente que reciban cargos de actuación gubernativa y administrativa”, en un momento en el que, además, “la práctica del poder permitía solapar y superponer actuaciones y funciones” (p. 329). Véanse también las páginas que dedica a esta cuestión J. Salazar Acha, *La Casa del rey de Castilla y León en la Edad Media*, Madrid 2000.

⁷ A. Fernández de Córdoba Miralles, “Sociedad cortesana y entorno regio”, en M.A. Ladero Quesada (coord.), *El mundo social de Isabel la Católica...*, pp. 49-78, y específicamente p. 53, recuerda que se ha forjado la expresión *entorno regio* “para resaltar la dependencia del príncipe”; una expresión que se alterna con las de “sociedad cortesana” —para referirse a los rasgos comunes y mentalidad del grupo—, o ‘élite de poder’, que enfatiza su actividad política minoritaria y excluyente”; añade, a renglón seguido, que las tres son adecuadas “para referirse a este grupo minoritario que intenta distinguirse por la proximidad al soberano, la herencia de la sangre, la propiedad de la tierra y la posesión de un tipo de cultura basada en determinados criterios económicos o del saber”. En el caso de los judeoconversos, se trataría, además, de una minoría dentro de la minoría, en función de su especificidad, determinada por su ascendencia judía.

⁸ L. Galíndez de Carvajal, *Anales breves...*, p. 229.

Obsérvese que en ningún momento, ni en ésta ni en la cita con la que se abría este trabajo, se hace alusión a la condición de judeoconversos de muchos de los servidores de los Reyes Católicos.

Los judeoconversos en la corte castellana: de Enrique III a Enrique IV

Pero los Reyes Católicos no fueron los primeros monarcas castellanos que contaron con un entorno judeoconverso: ya con anterioridad a su reinado se detecta la presencia, y además presencia frecuente, de los judeoconversos en la Casa y Corte de los monarcas castellanos⁹.

Todo empezó inmediatamente después de que se produjeran las conversiones masivas de judíos al cristianismo como consecuencia de los alborotos de 1391¹⁰. Algunos de los entonces bautizados progresaron rápidamente, y entre ellos se contaron los que lograron ingresar en la Casa y Corte, convirtiéndose en servidores del monarca reinante, Enrique III. Se ha lanzado la hipótesis de que quizá el soberano practicara una política “de captación de las personalidades más relevantes del judaísmo”, que, desde luego, fue seguida por su hermano, Fernando de Antequera¹¹. En cualquier caso, lo cierto es que a partir de ese reinado la presencia de los judeoconversos en el entorno regio se hizo habitual, inaugurando una tendencia que iba a incrementarse durante los reinados posteriores.

En este sentido, el reinado de Juan II es fundamental, pues durante el mismo se produjo la entrada en la Casa y Corte de un selecto grupo de judeoconversos, dispuestos a consagrarse al servicio del monarca y de su valido, Álvaro

⁹ W.D. Philips, “State Service in Fifteenth Century Castile: a Statistical Study of Royal Appointees”, *Review of Social History* 8-2 (Cambridge 1978), pp, 115-136, ha puesto de relieve la continuidad existente entre el reinado de los Reyes Católicos y los dos reinados precedentes, el de Juan II y el de Enrique IV, pero parece posible que fuera durante el reinado de Enrique III cuando se introdujeron algunas novedades que iban a hacer fortuna a lo largo del siglo XV.

¹⁰ Estudiados por E. Mitre Fernández, *Los judíos de Castilla en tiempo de Enrique III*, Valladolid 1994.

¹¹ Véase L. Fernández Gallardo, *Alonso de Cartagena: una biografía política en la Castilla del siglo XV*, Valladolid 2002, p. 30.

de Luna, siempre muy inclinado hacia los conversos¹². Formaron parte de la nueva élite de poder que se estaba creando en Castilla, integrada por burócratas cada vez más necesarios para la buena marcha del gobierno y la administración del reino¹³, que fueron “una importante baza en su [se refiere a Luna] remodelación del aparato administrativo de la monarquía”¹⁴.

La presencia de judeoconversos en la Casa y Corte castellana tuvo consecuencias muy positivas, pues estaban bien preparados para las tareas que iban a desarrollar y se les podía imputar un elevado nivel de exigencia. Pero también las tuvo negativas: en seguida se originaron rumores y acusaciones que tenían a los judeoconversos en el punto de mira. Se les acusaba de estar interesados tan sólo en su medro personal, de secundar al valido en su errónea política simplemente para poder seguir gozando del inmenso poder que habían alcanzado... Se desacreditaba a los cristianos nuevos, pero también al valido, e incluso la desacreditación alcanzaba al propio monarca.

La peligrosidad de esta situación se hizo evidente en el transcurso de la revuelta de Toledo del año 1449. La revuelta tuvo, entre otras cosas, una clara dimensión política: se pretendía terminar con la privanza del valido, pero también se trataba de terminar con la influencia de los judeoconversos en la Casa y Corte¹⁵. Aunque a corto plazo no se alcanzaron estos objetivos, es bien conocido el desastroso final de Álvaro de Luna, como también es bien conocida la difícil situación en la que se hallaron los judeoconversos a partir de ese momento, pese a que los años finales del reinado de Juan II fueran tranquilos, prolongándose esa tranquilidad durante los inicios del de Enrique IV.

Enrique IV también contó con su propio entorno judeoconverso. Evidentemente, los conversos eran demasiado útiles y eficaces como para apartarlos de la Casa y Corte. Además, habría resultado muy difícil desarraigarlos de ella, pues para ese momento habían formado ya un grupo numeroso, bien relacionado y dotado de un evidente poder.

¹² Como señala N.G. Round, *The Greatest Man Uncrowned: a Study of the Fall of Don Álvaro de Luna*, Londres 1986, pp. 21-22.

¹³ N. Roth, *Conversos, Inquisition and the Expulsion of the Jews from Spain*, Wisconsin 1995, p. 117.

¹⁴ L. Fernández Gallardo, *Alonso de Cartagena...*, p. 248.

¹⁵ Véase M^a P. Rábade Obradó, “Judeoconversos y monarquía: un problema de opinión pública”, en J.M. Nieto Soria (dir.), *La monarquía como conflicto en la corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*, Madrid 2006, pp. 299-358, y en concreto pp. 326-333.

Muchos de los oficiales judeoconvertos de Enrique IV ya habían servido a su progenitor, como fue el caso de Fernando Díaz de Toledo, sin lugar a dudas el más destacado de los colaboradores judeoconvertos de Juan II ¹⁶; otros habían estado entre sus servidores cuando todavía era Príncipe de Asturias, siendo el mejor ejemplo Diego Arias de Ávila, contador mayor de cuentas durante buena parte del reinado ¹⁷. Por supuesto, también los hubo que se incorporaron a la corte con posterioridad a la entronización del soberano, como sucedió con el doctor Juan Díaz de Alcocer, del que se volverá a hablar más adelante.

Sobre los oficiales judeoconvertos seguían pendiendo las acusaciones que contra ellos se habían lanzado durante los tiempos de la revuelta de Toledo. Sin embargo, Enrique IV no parecía dispuesto a prescindir de ellos, y parece evidente que estaba pronto a justificar su presencia en la corte recurriendo a argumentos difíciles de discutir: su buena preparación, su eficacia en el cumplimiento de las tareas que se les encomendaban. Así, cuando el oficio de mayordomo quedó vacante por causa de la elevación de Beltrán de la Cueva al condado de Ledesma, y Andrés de Cabrera le sucedió en el citado oficio, se justifica tal nombramiento aludiendo a sus méritos personales, a su condición de confidente del soberano, también a sus buenas relaciones con el marqués de Villena, pero en ningún momento se mencionan sus orígenes familiares, quizá porque no se consideraba oportuno hacerlo, aunque lo cierto es que su ascendencia hebrea era perfectamente conocida ¹⁸.

Durante los primeros años del reinado, la tranquilidad de que gozó Castilla, “diez años de paz y justicia” ¹⁹, unida al indudable prestigio de que en esos momentos disfrutaba el soberano, mantuvieron al “problema converso” en un segundo plano. Pero todo cambió cuando se iniciaron los disturbios que amargaron la segunda parte del reinado. Como ya había sucedido en 1449, el “problema

¹⁶ A falta de una biografía al uso sobre este personaje, véase N.G. Round, “Politics, Style and Group Attitudes in the *Instrucción del Relator*”, *Bulletin of Hispanic Studies* XLVI (Liverpool 1969), pp. 289-319.

¹⁷ Sobre los principales hitos de su carrera al servicio de la Corona, véase M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder en la Corte de los Reyes Católicos: los judeoconvertos*, Madrid 1993, pp. 105 y ss.

¹⁸ A ello se refiere D. Enríquez del Castillo, *Cónica de Enrique IV*, ed. A. Sánchez Martín, Valladolid 1994, p. 185.

¹⁹ En palabras de T. de Azcona, *Isabel la Católica: estudio crítico de su vida y su reinado*, Madrid 1993 (2^a ed.), p. 60.

converso” fue hábilmente utilizado por los que deseaban poner en apuros al soberano.

Los nobles rebelados acusaron al rey de ser amigo y protector de los judeoconversos, a los que se identificaba, casi sin excepción, como criptojudíos. Una acusación que pretendía desprestigiar al monarca, y que salpicaba a sus servidores conversos, que se encontraron en el punto de mira de los sublevados, pagando a veces cara la sangre judía que corría por sus venas²⁰.

Valga el ejemplo del condestable Miguel Lucas de Iranzo, que se refleja en la crónica de Diego Enríquez del Castillo, cuando en ella se habla de la extensión de los alborotos anticonversos que afectaron a ciertas localidades andaluzas durante los años finales del reinado de Enrique IV. Cuando los tumultos alcanzaron la ciudad de Jaén, el condestable “no dava lugar a que fuesen rrobados” los conversos. Los anticonversos resolvieron la cuestión de forma drástica, al margen de cualquier escrúpulo, y, desde luego, en absoluto cristianamente: “un día, estando él en la yglesia mayor, oyendo misa, entraron todos e allí delante del altar, lo mataron crudamente”. Todavía peor: “sabido aquesto por el rey, puesto que le pesó e ovo sentimiento de ello, no hizo castigo ninguno”²¹.

Así, por tanto, para los monarcas castellanos el contar con los servicios de oficiales conversos podía acabar acarreándoles algunos serios problemas, problemas que también podían afectar, a veces de forma muy cruda, a los mencionados oficiales. Sin embargo, un elevado número de judeoconversos seguía dispuesto a ejercer los más diversos oficios en la Casa y Corte real, al tiempo que los soberanos también se empeñaban en seguir contando con ellos. Evidentemente, unos y otros tenían sus motivos, que se van a tratar de analizar a continuación, aunque sea de forma muy sintética²².

Para empezar, no se puede descartar el peso que sobre los judeoconversos podía tener la tradicional inclinación hacia el servicio cortesano de los miembros de las élites judías, tradición que todavía estaba vigente durante el siglo XV,

²⁰ Véase M^a P. Rábade Obradó, “Judeoconversos y monarquía...”, pp. 334 y ss.

²¹ Acerca de la carrera política de Lucas de Iranzo, véase M^a del P. Carceller Cerviño, “El ascenso político de Miguel Lucas de Iranzo: ennoblecimiento y caballería al servicio de la monarquía”, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* CLXXVI (Jaén 2000), pp. 11-30. El episodio mencionado, en D. Enríquez del Castillo, *Crónica...*, pp. 383-384.

²² Sobre esta cuestión, se puede consultar M^a P. Rábade Obradó, “Crisis dinástica y violencia social: los judeoconversos castellanos durante el reinado de Juan II”, en *Gobernar en tiempos de crisis: las quiebras dinásticas en el ámbito hispánico (1250-1808)*, en prensa.

como demuestra la trayectoria de algunos prohombres judíos del momento. Asimismo, el servicio cortesano podía ser un muy adecuado vehículo para canalizar las apetencias de medro de muchos judeoconvertos, que aspiraban a progresar como no habían podido hacerlo sus antepasados, una vez que el cambio de religión les había abierto puertas hasta entonces cerradas para ellos. Además, era una buena forma de rentabilizar la educación recibida, una educación que era una auténtica obsesión entre los miembros de las élites judeoconvertas, y que, pese a sus muchas limitaciones, solía marcar claramente las diferencias con unos cristianos viejos que concedían, en general, una menor importancia a la instrucción de sus vástagos.

El deseo de los conversos por consagrarse al servicio regio se vio correspondido por el deseo de los soberanos de ser servidos por ellos. Si desde hacía siglos los monarcas habían apreciado el buen hacer de sus oficiales judíos, era todavía más lógico que apreciaran el buen hacer de sus oficiales judeoconvertos, que tenían, además, la ventaja de ser cristianos, convirtiéndose de esa forma en los sucesores naturales de aquéllos.

Por otra parte, es posible que esa buena disposición de los soberanos para integrar oficiales judeoconvertos en su Casa y Corte estuviera también relacionada con la carencia de una posición suficientemente sólida y firme por parte de los conversos. En efecto, se tenía conciencia de una cierta inferioridad de los oficiales conversos, y esa situación podía ser utilizada contra ellos cada vez que se considerara oportuno. Evidentemente, no se podía actuar contra esos oficiales con la misma contundencia con la que se había actuado en el pasado contra los oficiales hebreos, pero también era cierto que la adopción de medidas excepcionalmente coercitivas contra un cristiano nuevo nunca encontraría la misma oposición y condena que si esas mismas medidas se tomaban contra un cristiano viejo.

La creación del entorno judeoconverso de Isabel la Católica

Isabel la Católica, tal como había hecho su hermanastro, y como antes hizo su padre, también se rodeó de oficiales judeoconvertos, que se integraron habitualmente en su Casa y Corte²³; una Casa y Corte peculiar para una mujer,

²³ En la periodización que se inicia en este epígrafe se sigue, en esencia, la que ofrece A. Fernández de Córdoba Miralles, “Sociedad cortesana...”, cuando se refiere a la “evolución de los equipos de gobierno durante el reinado” (p. 49).

como peculiar era también su situación, pues fue reina propietaria de Castilla, con todo lo que esto implicaba ²⁴.

La presencia de oficiales de origen converso en el entorno de Isabel se puede detectar ya antes de que ocupara el trono castellano tras la muerte de Enrique IV. Evidentemente, esa presencia está vinculada con las nuevas circunstancias que determinaron la peripecia vital de Isabel, una vez que el fallecimiento de su hermano Alfonso y su reconocimiento como heredera de Castilla en el Pacto de Guisando de 1468, dieron un vuelco definitivo a su vida. Como princesa de Asturias que era, en torno a Isabel tuvo que crearse una Casa y Corte, que estuvo en funcionamiento durante el lapso que transcurrió entre la firma del Pacto de Guisando y su coronación como reina de Castilla, en los momentos finales de 1474 ²⁵.

Resulta muy difícil determinar cómo se llevó a cabo la selección de los oficiales que se integraron en la Casa y Corte de la princesa. Aunque en teoría ella tenía amplia libertad para seleccionarlos, cabe pensar que, al menos durante los primeros tiempos de su principado, Isabel tuvo una escasa capacidad de manobra, pues debió de estar muy mediatizada por el grupo de nobles que había controlado la efímera corte de su hermano ²⁶. Incluso es posible que esa capacidad de maniobra se viera aún más comprometida como consecuencia del cambio de

²⁴ No se puede olvidar que, tal como recuerda M.C. González Marrero, *La Casa de Isabel la Católica...*, p. 33, “acabó por imponerse el término ‘Casa’ para aludir al conjunto de oficiales por los que el rey se hacía acompañar en todo momento”, de tal manera que la Casa Real se configuraba “como núcleo originario de la administración del poder real”. Eso sí, frente a esa situación las Casas de las reinas consortes y de los herederos, que también existieron, se limitaban a contar con diversos “oficiales domésticos”. Por tanto, en la Casa de una reina propietaria, como era el caso de Isabel la Católica, figuraban no sólo oficiales domésticos, si no también otros que prestaban servicios más elevados; de acuerdo con la clasificación de los oficiales de la Casa Real que hace D. Torres Sanz, *La administración...*, p. 60-64, entre ellos se contarían, por poner tan sólo algún ejemplo especialmente significativo, los secretarios reales, en un momento en que la Casa del rey abarcaba “indistintamente a los oficiales de carácter público y a los de carácter privado” (p. 62).

²⁵ Sobre esta etapa es esencial la consulta de M.I. del Val Valdivieso, *Isabel la Católica, Princesa (1468-1474)*, Valladolid 1974. Igualmente, es imprescindible consultar otros trabajos de esta autora, entre ellos “Isabel, princesa de Asturias”, en L. Ribot, J. Valdeón y E. Maza (coords.), *Isabel la Católica y su época. Actas del Congreso Internacional, Valladolid-Barcelona-Granada, 15 a 20 de noviembre de 2004*, 2 vols., Valladolid 2007, en concreto vol. I, pp. 59-85.

²⁶ Sobre esta cuestión, véase M.D.C. Morales Muñoz, *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*, Ávila 1988.

alianzas que la separó de los que en principio habían apoyado su candidatura al trono, para vincularla a aquéllos que consideraban que el futuro de Castilla pasaba por el matrimonio entre Isabel y el heredero de Aragón, Fernando. Isabel se vio obligada, además, a recibir en su corte a algunos de los oficiales que habían servido a su hermano, y que tras su muerte no habían optado por reconciliarse con Enrique IV ²⁷.

Así, resulta difícil determinar si fue Isabel la que seleccionó a los judeoconversos que se integraron en su Casa y Corte durante esos años, o si tuvo que aceptarlos como consecuencia de las circunstancias ya aludidas. Desde luego, lo que sí es evidente, a la luz de sucesos posteriores, es el hecho de que Isabel no tenía ningún reparo a la hora de contar con los servicios de oficiales judeoconversos. Cabe, incluso, preguntarse si no se había acostumbrado ya a su servicio durante su infancia, cuando residía con su madre y su hermano en la localidad de Arévalo.

¿Había judeoconversos entre los oficiales que servían la Casa y Corte de la reina viuda? Lo más lógico sería contestar afirmativamente a esta pregunta, habida cuenta de la frecuente presencia de los judeoconversos en el servicio cortesano. Dar nombres resulta ya más complicado. Sobre todo porque identificar a los conversos no es, precisamente, una tarea fácil. Si en algunos casos se puede tener una certeza absoluta sobre su condición de judeoconversos, en otros tan sólo se puede intuir tal condición, aunque parezca muy probable. Por último, es evidente que, en muchos casos, la ascendencia hebrea permanece tan oculta que ni siquiera se sospecha.

Esas dificultades a la hora de identificar a los judeoconversos vienen determinadas, sobre todo, por la ulterior evolución de la situación de los cristianos de origen judío. La actividad inquisitorial, unida a la proliferación de estatutos de limpieza de sangre, hizo que la ascendencia hebrea se convirtiera en un baldón del que había que tratar de librarse a toda costa. Se hizo habitual que los vástagos de familias judeoconversas se empeñaran en ocultar esa realidad, empleando para ello todos los medios a su alcance, incluida la falsificación de la genealogía familiar ²⁸.

²⁷ A este aspecto se refiere A. Fernández de Córdoba Miralles, “Sociedad cortesana...”, p. 57.

²⁸ Se pueden ver los trabajos de M^a P. Rábade Obradó, “La invención como necesidad: genealogía y conversos” y P.A. Porras Arboledas, “Nobles y conversos, una relación histórica difícil de ser entendida aún hoy: el caso de los Palomino, conversos giennenses”, ambos en M.A. Ladero Quesada (coord.), *Estudios de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria*, Anejos de *En la España Medieval* 1, Madrid 2006, pp. 183-1201 y 203-224, respectivamente.

De todas formas, también es necesario reconocer que para muchos de los judeoconvertos coetáneos de los Reyes Católicos su condición de tales no debió de ser determinante: ni llevaban a gala el hecho de ser conversos, ni tampoco lo ocultaban. Posiblemente, a muchos de ellos no les parecía un hecho significativo, si no más bien un accidente, y a lo que aspiraban era a integrarse plenamente en la sociedad cristiana, de la que, al fin y al cabo, eran miembros de pleno derecho. Probablemente su condición de judeoconvertos interesaba mucho más a los que trataban de dificultar esa integración, que eran, también, los que no dudaban a la hora de criticar acremente a unos soberanos que se servían habitualmente de oficiales conversos ²⁹.

Entre los servidores de Isabel de Portugal bien pudo haber, por tanto, alguno de ascendencia hebrea, quizá entre ellos el propio Pedro de Bobadilla, que debió de representar un papel de cierta importancia en la pequeña corte que en Arévalo rodeaba a la reina viuda. Padre de Beatriz de Bobadilla, tenida por la gran amiga y confidente de Isabel la Católica, quizá sea de origen hebreo, o así parecen indicarlo algunos datos, relativos a él mismo, pero también a su descendencia ³⁰. Por ejemplo, tanto Pedro como sus hijos, sobre todo Beatriz y Francisco, se movieron de forma habitual en ambientes conversos, como muestran sus respectivos matrimonios: si Beatriz casó con Andrés de Cabrera, cuya condición de judeoconverso era bien conocida, Francisco lo hizo con María de Peñalosa, dama segoviana cuyo linaje también contaba con ancestros judíos.

En cualquier caso, hubiera o no oficiales conversos al servicio de Isabel de Portugal, su hijos no dudaron a la hora de franquearles el ingreso a sus respectivas Casas y Cortes, y en ambos casos desempeñaron oficios de importancia.

Si hay un oficial converso destacado en la Casa y Corte de Isabel durante su etapa de princesa de Asturias, ese oficial es Alfonso de Ávila. Éste ocupó desde el primer momento un papel de primer orden junto a la futura reina Católica, de la que fue secretario desde una fecha que no se puede precisar con exactitud, pero que hay que situar, en cualquier caso, con anterioridad al nueve de noviembre de 1469, pues en esa fecha Fernando le nombra también su

²⁹ A las críticas, ya mencionadas, vertidas por ese motivo contra Juan II, Enrique IV e Isabel la Católica, se unen también las dirigidas contra Felipe el Hermoso, a las que alude J. Martínez Millán, “Las élites de poder durante el reinado de Carlos V a través de los miembros del Consejo de Inquisición (1516-1558)”, *Hispania*, XLVIII/168 (Madrid 1988), pp. 103-167, y en concreto p. 119.

³⁰ Véase M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 183 y ss.

secretario, aludiendo a los servicios que como tal venía prestando a su esposa desde hacía algún tiempo ³¹.

A partir de ese momento, Alfonso de Ávila se convirtió en pieza fundamental de la corte que rodeaba a los futuros Reyes Católicos. Le encontramos refrendando la mayor parte de los documentos que otorga Isabel, y entre ellos los más destacados, como por ejemplo la carta que dirigió a Enrique IV en 1471, una vez que el rey, contrariado por el matrimonio de su hermanastra con el heredero de Aragón, revocó el Pacto de Guisando y reconoció nuevamente a Juana como heredera del trono castellano ³². Aunque no es el único secretario que trabajó a las órdenes de Isabel durante esa etapa ³³, sí que parece ser aquél en el que la princesa depositó una mayor confianza. Asimismo, Alfonso de Ávila prestó también en esos años servicios como secretario a Fernando ³⁴, aunque en este caso parece existir una menor confianza, o al menos Fernando recurrió habitualmente a otros secretarios.

Convertidos Isabel y Fernando en los soberanos de Castilla, Alfonso de Ávila siguió desempeñando su oficio de secretario, aunque ya no de los príncipes, si no de los reyes, obteniendo otros nombramientos, así como sustanciosas mercedes económicas. Indudablemente, los monarcas quisieron premiar así sus servicios, marcados a partes iguales por la lealtad y la eficacia. De la lealtad poco hay que comentar, pues el secretario había estado con Isabel y Fernando en los tiempos difíciles que siguieron a la revocación del Pacto de Guisando; de la eficacia dan muestra las delicadas tareas que habitualmente se le encomendaron ³⁵, así como la fama que tenía entre sus coetáneos, ratificada por los muchos jóvenes que acudían a aprender el oficio junto a él, cuestión a la que se refiere Hernando del Pulgar en una de sus más conocidas Letras, dirigida al cardenal Mendoza:

³¹ M.I. del Val Valdivieso, *Isabel la Católica...*, pp. 469 y ss.

³² M.I. del Val Valdivieso, *Isabel la Católica...*, pp. 236 y ss.

³³ Junto a Alfonso de Ávila, también la sirvieron como secretarios durante esos años al menos otros dos, Ferrán Martínez y Juan Fernández de Hermosilla; sobre los mencionados, véase M.I. del Val Valdivieso, *Isabel la Católica...*, pp. 364 y 440, 365 y 403, respectivamente, aunque se podrían aducir más ejemplos de su actividad.

³⁴ Véase, por ejemplo, M.I. del Val Valdivieso, *Isabel la Católica...*, p. 491.

³⁵ M.A. Ladero Quesada, *La España de los Reyes Católicos*, Madrid 1999, p. 164, destaca su nombre como uno de los más descollantes servidores de los soberanos.

tanbién seguro a vuestra señoría que fallen agora más guipuzes en casa de Fernand Álvares, e de Alfonso de Ávila, secretarios, que en vuestra casa ni del condestable, aunque sois de su tierra ³⁶.

Su carrera terminó de forma abrupta, al final de la década de los ochenta, cuando se produjo su muerte, a todas luces prematura. Parece especialmente significativo que su oficio de secretario regio recayera entonces en otro judeoconverso próximo a la reina, Hernando de Zafra, del que se hablará más adelante.

Mención especial merece también Andrés de Cabrera ³⁷, que aunque esperó a la muerte de Enrique IV para integrarse en la Casa y Corte de Isabel y Fernando, cierto es también que durante los últimos momentos de la vida del soberano trabajó para que éste se reconciliara con su hermanastra, y para que volviera a reconocerla como heredera. Aunque estos objetivos no se vieron totalmente coronados por el éxito, los buenos oficios de Cabrera contribuyeron a allanar el camino de Isabel hacia el trono; si a eso se une la directa participación de Cabrera, a la sazón alcaide del alcázar de Segovia, en la ceremonia de proclamación de Isabel como reina de Castilla, se comprende que Cabrera se convirtiera, a partir de ese momento, en uno de los más destacados servidores de la reina, que, al encumbrarle, contaba con la satisfacción adicional de que se trataba del marido de su gran amiga Beatriz de Bobadilla.

Cierto es que cuando se inició el reinado de los Reyes Católicos Andrés llevaba a sus espaldas varias décadas de dedicación al servicio de la Corona. Había empezado a servir a la Corona en tiempos de Juan II, en tareas muy distintas de las que acabó desempeñando de forma habitual, pues lo hizo empuñando las armas, formando parte de los contingentes militares que estaban bajo las órdenes de Juan Pacheco, Marqués de Villena; fue éste el que le introdujo en la corte del príncipe de Asturias, al que pasó a servir en calidad de doncel.

Durante los primeros años de reinado de Enrique IV, Cabrera afianzó su posición en la corte, como demuestra el hecho de que sucediera a Beltrán de la Cueva como mayordomo del soberano, cuando aquél se convirtió en conde de Ledesma, aspecto al que se ha hecho alusión más arriba. Ya durante la rebelión contra el monarca, obtuvo Cabrera un cargo que iba a ser esencial para su carrera:

³⁶ Fernando del Pulgar, *Letras. Glosas a las Coplas de Mingo Revulgo*, ed. de J. Domínguez Bordona, Madrid 1929, p. 150, Letra XXXI.

³⁷ En los siguientes párrafos se sigue a M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 173 y ss.

el de alcaide del alcázar de Segovia, que se unía a su condición de miembro del consejo real. Pero fue también en ese contexto cuando se tuvo que enfrentar a la hostilidad de Pacheco, su antiguo protector, hostilidad que impulsó sus negociaciones con los futuros Reyes Católicos, con los resultados ya indicados.

Así, con el nuevo reinado la carrera de Cabrera llegó a su culminación: en 1474 los soberanos le confirmaron en los oficios que había ostentado en el reinado anterior, y durante los años siguientes le hicieron objeto de otros nombramientos, de tal forma que llegó a gozar de una auténtica acumulación de oficios. Pero el punto realmente culminante de su trayectoria al servicio de la Corona se produjo cuando, en relación con las Cortes de Toledo de 1480, los Reyes Católicos recompensaron los servicios que Cabrera y su mujer les habían prestado otorgándoles el título de marqueses de Moya, lo que les situó en una nueva dimensión, que cambió de forma evidente la situación de Cabrera en la Casa y Corte de los soberanos³⁸.

La consolidación del entorno judeoconverso de Isabel la Católica

Fue ya a partir de su entronización en Castilla cuando Isabel se rodeó, de forma muy clara y evidente, de un selecto grupo de oficiales conversos, a los que, además, podemos calificar, sin lugar a dudas, de hombres de la reina, pues era ella la que había decidido su nombramiento³⁹, y era a ella a quien rendían

³⁸ Siguiendo la estela de Andrés de Cabrera, algunos de sus hijos también se consagraron al servicio regio; entre ello, su segundogénito, Fernando de Bobadilla, con el tiempo sería el primer conde de Chinchón, que fue nombrado despensero mayor del príncipe Juan cuando se le puso Casa, como recuerda J. Martínez Millán, “De la muerte del príncipe Juan al fallecimiento de Felipe el Hermoso (1497-1506)”, en J. Martínez Millán (dir.), *La Corte de Carlos V*, 5 vols., Madrid 2000, I, pp. 45-72, y en concreto p. 46.

³⁹ Indica M.A. Ladero Quesada, *Los Reyes Católicos: la Corona y la unidad de España*, Valencia 1989, p. 104, que la reina “cuidó mucho la selección de personas que habían de estar en su entorno inmediato, y les otorgó una confianza grande y duradera”. A algunos de estos hombres de la reina, por contraposición con aquellos otros que habían sido seleccionados por el rey, se refiere T. de Azcona, *Isabel la Católica...*, p. 430. J. Martínez Millán, “De la muerte...”, p. 48, afirma que “la Casa de la reina Isabel estaba formada por un grupo de personajes que compartían no sólo intereses políticos y sociales, sino también ideológicos y espirituales”; a pesar de su “gran heterogeneidad”, el grupo estaba formado por “los miembros más representativos de las élites que dirigían la sociedad”.

cuentas, en tanto que soberana de Castilla. Entre esos hombres de la reina de ascendencia hebrea, los que ya la habían servido durante su principado, pero también algunos que procedían de la Casa y Corte de Enrique IV, al que se habían mantenido fieles hasta su muerte. En algunos casos, se trataba de oficiales que ya habían estado a las órdenes de Juan II; además, muchos de ellos procedían de familias caracterizadas, entre otras cosas, por su dedicación al servicio a la Corona. Así, al menos en alguna forma, se puede decir que estos colaboradores judeoconversos de Isabel eran los depositarios de una verdadera tradición burocrática ⁴⁰.

Surgió, así, una auténtica “generación de conversos” ⁴¹ al servicio de la monarquía, que se vio encumbrada y favorecida por la soberana, que les otorgó cargos de alta responsabilidad ⁴². Bien es verdad que, como señalaba Nicolás de Popielovo, esos judeoconversos encumbrados eran odiados más que amados, pues se les estigmatizaba por su condición de tales. Eso, pese a que “la propaganda desplegada desde la corte trató de difundir la idea de que los reyes se rodeaban de leales y honestos colaboradores” ⁴³. Sobre la base de sus elecciones personales, la soberana

supo organizar en torno a su persona un equipo de colaboradores que constituyó un verdadero partido ‘castellanista’, cuyos roces con los cortesanos de Fernando salieron a la luz tras el alzamiento de Isabel en Segovia ⁴⁴.

Y entre todos los que formaban ese equipo de colaboradores destacaron los judeoconversos. Veamos algunos ejemplos.

Fernando Álvarez de Toledo ⁴⁵ inició su carrera como oficial regio en la corte de Enrique IV. Su ingreso en la misma se vio propiciado por sus vinculaciones

⁴⁰ Como recuerda J. Martínez Millán, “Las élites...”, pp. 115-116, existía un “círculo de conversos que venían controlando la administración castellana desde reinados anteriores (Juan II y Enrique IV) y que se habían pasado al bando de Isabel al iniciarse las guerras civiles que la llevaron al trono”.

⁴¹ En palabras de F. Márquez Villanueva, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato*, Madrid 1960, título del capítulo tercero, p. 81.

⁴² J. Martínez Millán, “Las élites de poder...”, p. 116.

⁴³ A. Fernández de Córdoba Miralles, *La Corte de Isabel I...*, p. 63.

⁴⁴ En palabras de A. Fernández de Córdoba Miralles, *La Corte de Isabel I...*, p. 65.

⁴⁵ En los siguientes párrafos se sigue a M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 33 y ss.

familiares con algunos oficiales cortesanos, que venían prosperando en ella desde los tiempos de Juan II: era pariente de Fernando Díaz de Toledo, el más destacado de los servidores conversos del citado monarca, y también de Alfonso Álvarez de Toledo, que había sido su contador mayor de cuentas; además, su propio padre, Juan Álvarez de Toledo, sirvió a Juan II como doncel.

Álvarez de Toledo sirvió a Enrique IV hasta su muerte, aunque en oficios siempre de carácter muy secundario. Una vez fallecido el soberano, debió de optar rápidamente por el bando de los futuros Reyes Católicos, pues estuvo junto a ellos desde los inicios del reinado, en calidad de secretario, y además de aquel secretario en el que los soberanos parecían tener una mayor confianza. Quizá el rápido éxito de su cambio de bando esté relacionado con las estrechas relaciones que le unían a Andrés de Cabrera.

Pronto fue también nombrado miembro del consejo, y a los dos citados oficios se unirían unos cuantos más, entre ellos el de contador mayor de cuentas, oficios que iría recibiendo a lo largo de aproximadamente veinte años de carrera burocrática al servicio de los Reyes Católicos. Una carrera burocrática que no fue una más, pues fue “un personaje clave para entender muchos recovecos de la tarea de gobierno de los Reyes Católicos”⁴⁶. Una carrera burocrática que se cortó de forma un tanto brusca en 1497, en el contexto de una crisis de gobierno todavía no bien explicada.

Álvarez de Toledo es un personaje clave para entender las relaciones que vinculaban a los judeoconversos que medraban en la corte de los Reyes Católicos. Mantenía una estrecha relación de amistad con algunos de ellos (Andrés de Cabrera, fray Hernando de Talavera, Hernando de Zafra, el doctor Rodrigo Maldonado de Talavera...) y estaba emparentado con otros: Pedro Núñez de Toledo era primo lejano suyo, Juan Álvarez Gato era su cuñado, Juan Álvarez Zapata era uno de sus hermanos...

Finalmente, destacar que los servicios que Fernando Álvarez de Toledo prestó a la corona condujeron al ennoblecimiento de su familia, ennoblecimiento que queda bien reflejado en la concesión del título condal de Cedillo, que ostentó por primera vez su primogénito, Antonio Álvarez de Toledo. Así, en unas pocas generaciones la familia pasó de la judería a la alta nobleza⁴⁷.

⁴⁶ F. Márquez Villanueva, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato...*, p. 87

⁴⁷ Similar fue el recorrido de la familia de Andrés de Cabrera, o de la familia Arias de Ávila, uno de cuyos vástagos recibió de los Reyes Católicos el título de conde de Puñoenrostro.

Hernando de Zafra⁴⁸ se contó, también, entre los servidores de Enrique IV que, tras la muerte de éste, escogieron el partido de Isabel. No se arrepentiría. Si durante el reinado de aquél había experimentado tan sólo una moderada promoción, partiendo de una situación inicial bastante modesta, su fortuna cambió cuando llevaba ya unos cuantos años en la corte de Isabel, a la que empezó a servir en 1476. Concretamente, fue ya en la segunda mitad de la década de los ochenta cuando su carrera empezó a progresar rápidamente, al tiempo que progresaba la guerra de Granada. Precisamente fue ya en 1488 cuando obtuvo el nombramiento como secretario real, lo que le consolidaba entre los oficiales de mayor prevalencia dentro de la Casa y Corte de los Reyes Católicos.

De la confianza que depositaron en él los soberanos da buena cuenta el hecho de que fuera el artífice fundamental de las negociaciones que terminaron con la capitulación de Granada, así como su eficaz participación en la organización del recién reconquistado Reino de Granada.

Una cuestión a tener en cuenta es que su carrera no terminó con el cambio de equipo de gobierno a finales de la década de los noventa, pues Zafra perseveró en el servicio regio todavía durante unos años más, quizá porque su colaboración resultaba extremadamente valiosa, debido a su especialización en cuestiones de “llamamiento, organización, abastecimiento y pago de tropas”⁴⁹ (esenciales en unos años claramente marcados por el signo de la guerra), pero también por los estrechos vínculos que había creado con Fernando. Sólo la marcha del monarca, una vez que Felipe el Hermoso tomó posesión del reino de Castilla como rey consorte, apartó a Zafra de la corte, donde había llegado a ostentar una posición muy influyente⁵⁰.

Hernando del Pulgar⁵¹ también ingresó en la corte de Isabel y Fernando procedente de la de Enrique IV. Ya en 1475 servía a los soberanos, de los que fue secretario, así como miembro de su consejo, y, por supuesto, cronista. Por motivos que no se han podido determinar con seguridad (quizá la edad, pues

⁴⁸ En los siguientes párrafos, se sigue a M.A. Ladero Quesada, *Hernando de Zafra, secretario de los Reyes Católicos*, Madrid 2005.

⁴⁹ M.A. Ladero Quesada, *Hernando de Zafra...*, p. 41.

⁵⁰ Tal como indica M.A. Ladero Quesada, *Hernando de Zafra...*, pp. 96-97.

⁵¹ Véase H. del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. de J. de M. Carriazo Arroquia, 2 vols., Madrid 1943, pues sobre Pulgar sigue siendo esencial el bosquejo biográfico trazado en la introducción a su crónica por el editor.

murió a comienzos de la década de los noventa), abandonó tempranamente la corte, pues en 1480 ya residía en Toledo, aunque eso no supuso una ruptura con los soberanos, a los que siguió sirviendo como cronista. De modo que fue estando ya en esa situación de retiro cuando protagonizó uno de los episodios más famosos de su existencia, que manifestó su oposición a la Inquisición.

Todo se inició cuando el cronista dirigió una carta al cardenal Mendoza, en la que protestaba contra la actividad inquisitorial, pues le parecía que los inquisidores actuaban de forma brutal y desmedida, y no creía que ésa fuera la mejor forma de terminar con el criptojudasismo, ni de devolver a los descarriados al buen camino. Su carta gozó de una cierta difusión, y un anónimo la refutó, arrojando alguna duda sobre la ortodoxia de Pulgar, que se defendió de forma hábil a la vez que sutil, zanjando la cuestión ⁵².

El protonotario Juan Ramírez de Lucena ⁵³ se cuenta, asimismo, entre los servidores conversos de los Reyes Católicos que procedían de la corte de Enrique IV, en la que posiblemente ingresó de la mano de su padre, con el que compartía el nombre, y que venía siendo secretario de cámara desde los tiempos de Juan II, aunque lo cierto es que su actividad profesional estaba relacionada fundamentalmente con el arrendamiento y la recaudación de rentas.

En los primeros días de 1470 se nombró al protonotario miembro del consejo de Fernando, de modo que es evidente que para esas fechas ya había abandonado a Enrique IV, prefiriendo abrazar el partido de los futuros Reyes Católicos, convirtiéndose en “un colaborador político de primerísima hora de los futuros monarcas” ⁵⁴, algo que no resulta fácil de comprender, habida cuenta de la posición que tenía en la corte de Enrique IV, y de la complicada situación en que estaban los príncipes cuando se adhirió a su bando. Posteriormente, Lucena se integró también en la capilla real, pues en la documentación se alude a él frecuentemente mencionando su condición de capellán real, así como la de contino.

El protonotario destacó, sobre todo, por su quehacer diplomático, desempeñado fundamentalmente durante el principado, pero también durante los

⁵² Este episodio ha sido analizado por F. Cantera Burgos, “Fernando del Pulgar y los conversos”, *Sefarad* 4 (Madrid 1944), pp. 295-348.

⁵³ Los siguientes párrafos, de acuerdo con M. Diago Hernando, “El protonotario Lucena en su entorno sociopolítico: nuevos datos sobre su biografía”, *Sefarad* 53/2 (Madrid 1993), pp. 249-272.

⁵⁴ M. Diago Hernando, “El protonotario Lucena...”, p. 261.

primeros años del reinado. Precisamente en alguna de esas misiones diplomáticas dejó constancia de su condición de hombre de la reina, pues sus gestiones tan sólo tuvieron en cuenta los intereses de Castilla, soslayando un tanto los de Aragón ⁵⁵.

Igual que había sido de los primeros servidores conversos de Isabel y Fernando, también fue uno de los primeros en caer en desgracia, como consecuencia de su repudio hacia la actividad inquisitorial. Ese repudio le llevó a protagonizar, en 1490, una acre polémica ⁵⁶ con otro eclesiástico, Alonso Ortiz, que refutó una carta que Lucena había enviado al rey, criticando a la Inquisición. Aunque nuestro hombre acabó retractándose, el episodio puso fin a su fructífera carrera como oficial real, pues los soberanos decidieron su retirada, aludiendo a su avanzada edad, pese a que todavía vivió algo más de diez años.

El caso del Doctor Juan Díaz de Alcocer ⁵⁷ es bastante significativo de los cambios de bando que “amenizaron” los años convulsos que precedieron al reinado de los Reyes Católicos; cuando ingresó en el servicio regio lo hizo como oficial del joven Alfonso, cuando éste ya había tomado el título de rey frente a su hermanastro; al ingresar en la corte seguía la tradición familiar, pues ya su padre, Fernando Díaz de Alcocer, había servido a Juan II como escribano de cámara y guarda; esa tradición familiar sería seguida también por varios de sus hermanos.

Con Alfonso ya desempeñó cargos de importancia, entre ellos los de miembro del consejo y oidor de la audiencia. Sin embargo, a su muerte optó por unirse al bando de Enrique IV, que le confirmó en los cargos que ya había desempeñado en la corte de su hermanastro. El fallecimiento de Enrique IV le obligó a realizar una nueva elección, que le llevó a colocarse al servicio de Isabel y Fernando. Ese fue el partido que siguieron también sus hermanos, con la única excepción de Sancho Díaz de Alcocer, que acabaría sus días exiliado en Portugal, como consecuencia de su apoyo a la mal llamada Juana la Beltraneja.

⁵⁵ M. Diago Hernando, “El protonotario Lucena...”, p. 264.

⁵⁶ Estudiada por C. Carrete Parrondo, “Juan Ramírez de Lucena, judeoconverso del renacimiento español”, en A. Mirsky, A. Grossman e Y. Kaplan (eds.), *Exile and Diaspora. Studies in the History of the Jewish People Presented to Profesor Haim Beinart*, Jerusalén 1991, pp. 168-179.

⁵⁷ Para este personaje, véase M^a P. Rábade Obradó, “El Doctor Juan Díaz de Alcocer: apuntes biográficos de un servidor de los Reyes Católicos”, *Espacio, Tiempo y Forma*, serie 3 (Historia Medieval), 3 (Madrid 1990), pp. 259-287.

La elección del doctor de Alcocer fue tan rápida, que le permitió participar en los preparativos de la proclamación de Isabel como reina de Castilla. Una vez más, se le confirmó en los oficios que venía ostentando desde que se inició en el servicio regio. Posteriormente, ostentaría también un oficio de contador mayor de cuentas. Se retiró de la corte durante la década de los noventa, en relación con la ya mencionada crisis de gobierno en la que cayeron otros oficiales conversos próximos a la reina.

También entre los primeros servidores de los Reyes Católicos se contó Juan Arias de Ávila⁵⁸. Hijo de Diego Arias de Ávila, el más destacado de los oficiales judeoconversos de Enrique IV, hizo una brillante carrera eclesiástica, muy vinculada a su ciudad natal, Segovia, de la que llegó a ser obispo. Muy próximo a Enrique IV, del que fue consejero y oidor, la relación con el monarca se torció como consecuencia del repentino y sorprendente apresamiento, en 1467, de su hermano mayor, Pedro Arias de Ávila, que hasta ese momento había sido muy afecto al soberano. Después de ese acontecimiento, los hermanos Arias de Ávila cambiaron de bando, entregando Segovia a los rebeldes.

La prematura muerte del príncipe Alfonso dejó a los hermanos en una posición un tanto desairada, aunque pronto resolvieron esa situación, regresando a la obediencia del monarca legítimo, bien dispuesto a aceptar una reconciliación que carecía de una base sólida, pero que le reportaba una ventaja tan importante como era la recuperación del control sobre Segovia. Tras el Pacto de Guisando se produjo una segunda ruptura, la definitiva, que supuso el ingreso de los Arias de Ávila en el partido isabelino.

Muerto Enrique IV, Juan Arias de Ávila recuperó sus asientos en el consejo real y en la audiencia, aunque tanto él como su hermano, que falleció poco después, tuvieron que enfrentarse a la amenaza que para ellos suponía Andrés de Cabrera. Éste había sido un potente enemigo durante los años finales del reinado de Enrique IV, como consecuencia de la autoridad que el monarca le había conferido sobre Segovia después de la desafección de los Arias de Ávila, autoridad que siguió conservando, como ya se ha adelantado, durante el reinado de los Reyes Católicos. Muy posiblemente, fue la rivalidad con Cabrera lo que causó el progresivo alejamiento entre el prelado y los soberanos.

Ese alejamiento tuvo, además, mucho que ver con los problemas que la actuación inquisitorial causó a la familia Arias de Ávila: los padres y la abuela materna

⁵⁸ En los párrafos siguientes, de acuerdo con M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 144 y ss.

del obispo fueron juzgados por el Santo Oficio, que, incluso, llegó a recoger algunos testimonios incriminatorios contra el propio prelado. Al final, éste marchó a Roma, donde pasó sus últimos años (falleció en 1497) consagrado a la tarea de lograr la rehabilitación de sus progenitores, tarea en la que fue capaz de obtener un éxito que fue esencial para su linaje ⁵⁹.

Aunque no se trata, ni muchísimo menos, de hacer una exhaustiva relación de los judeoconvertos que se integraron en la Casa y Corte de Isabel la Católica, cierto es también que no es posible dejar sin mencionar a una figura de la talla y la importancia de fray Hernando de Talavera ⁶⁰, probablemente el más representativo y carismático de todos los eclesiásticos que estuvieron al servicio de los Reyes Católicos ⁶¹.

Consagrado desde su infancia al servicio de la Iglesia, fray Hernando de Talavera ⁶² cursó estudios universitarios en Salamanca, donde adquirió una sólida formación intelectual ⁶³. Terminados esos estudios, emprendió una fulgurante carrera universitaria ⁶⁴, que terminó de forma un tanto abrupta en 1466 con su profesión en el monasterio jerónimo de San Leonardo de Alba de Tormes; pocos años después, hacia 1470, fray Jerónimo protagonizaba un acontecimiento

⁵⁹ Esta cuestión ha sido estudiada por L. González Novalín, "Juan Arias Dávila, obispo de Segovia, y la Inquisición española", en A. Galindo García (ed.), *Arias Dávila: obispo y mecenas. Segovia en el siglo XV*, Segovia 1998, pp. 181-99. Véase también M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 137 y ss.

⁶⁰ F. Márquez Villanueva, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato...*, p. 33, alude a los años "en que todos los asuntos de alguna importancia" pasaban por sus manos.

⁶¹ T. de Azcona, "El tipo ideal de obispo en la iglesia española antes de la reforma luterana", *Hispania Sacra* XI (Madrid 1958), pp. 21-64. También resultan de interés las apreciaciones de J. García Oro, *La reforma de los religiosos españoles en tiempo de los Reyes Católicos*, Valladolid 1969.

⁶² Véase la bibliografía que sobre él ofrece A. Fernández de Córdoba Miralles, "Sociedad cortesana...", p. 59, nota 37; a los trabajos reseñados por este autor se ha de unir el de J. Suberbiola, *Real Patronato de Granada: el arzobispo Talavera, la Iglesia y el Estado Moderno, 1486-1516: estudio y documentos*, Granada 1985.

⁶³ Glosada por F. Márquez Villanueva en su introducción a una de las obras más destacadas de Fray Hernando de Talavera, *Católica impugnación*, Barcelona 1961.

⁶⁴ Reconstruida por Q. Aldea en la voz que le dedica en el *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, 5 vols., Madrid, 1972-1987, 4, pp. 2517-2521, y en concreto pp. 2517-2518. Véase también el elenco bibliográfico que ofrece sobre el arzobispo.

que sería esencial para su futuro, pues era elegido prior del monasterio de Prado, a las afueras de Valladolid ⁶⁵.

Allí en Valladolid, en un momento imposible de precisar, pero que quizá haya que situar en la etapa de su principado, Isabel entró en contacto con fray Hernando, que acabó convirtiéndose en su confesor, condición que ya tenía es 1475, esto es, en los momentos iniciales del reinado ⁶⁶. A partir de ese momento, el jerónimo se convirtió en uno de los personajes más destacados de la Casa y Corte de los Reyes Católicos, como consecuencia del gran ascendiente que ejercía sobre la soberana, que sentía un profundo respeto hacia su confesor, que pronto lo fue también de su marido, con quien, sin embargo, mantuvo siempre el jerónimo una relación un tanto tirante.

La impronta de fray Hernando en seguida se dejó sentir en la corte de los jóvenes monarcas. Como ha señalado Azcona ⁶⁷,

no hay problema castellano en el que no haya puesto su mano, desde el momento de la sucesión de Isabel en Castilla hasta que se despidió de la Corte para dedicar su vida a engendrar para la fe cristiana el reino de Granada. Talavera es un hombre clave en el reinado de Isabel hasta 1492.

Efectivamente, fray Hernando pasó muy pronto a ocupar un puesto en el Consejo Real y no hace falta insistir en la frecuencia con la que hizo valer su condición de tal, participando en los asuntos de más importancia y peso para el reino castellano.

Los múltiples servicios que prestó Talavera a los soberanos animaron a éstos a premiarle por medio de la concesión de mitras episcopales, a pesar de que el jerónimo se mostraba reacio a aceptarlas. Tras fallar la provisión a su favor del obispado de Salamanca, en 1485 accedió a la mitra de Ávila. Fue obispo de la citada ciudad hasta 1492, aun a su pesar, y siempre lamentando que las muchas obligaciones que tenía en la corte le impidieran residir en su obispado, tal como habría querido ⁶⁸.

⁶⁵ P.A. Suárez Muñano, *Vida del venerable fray Hernando de Talavera*, Madrid 1866, pp. 40-41 y p. 46, respectivamente.

⁶⁶ T. de Azcona, *Isabel la Católica...*, p. 260 y ss.

⁶⁷ T. de Azcona, *Isabel la Católica...*, p. 723.

⁶⁸ A ambas cuestiones se refiere T. de Azcona, *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid 1960.

En 1492, recién terminada la guerra de Granada, se convirtió en su primer arzobispo, marcando ese hecho su alejamiento de la corte, pues fray Hernando sabía que su presencia era imprescindible para garantizar la buena marcha de las tareas de evangelización de los musulmanes que permanecieron en tierras granadinas cuando éstas pasaron a manos cristianas⁶⁹. Pese a su marcha a Granada, Talavera no dejó de colaborar con los Reyes Católicos, aunque su ausencia de la corte significará el declinar de su estrella, al tiempo que junto a los reyes empezaba a brillar con luz propia un nuevo confesor, fray Francisco Jiménez de Cisneros.

Entre los oficiales conversos que formaron el entorno de Isabel los hubo, por tanto, que alcanzaron puestos de relevancia, pero también los hubo que tuvieron una posición más modesta. Precisamente por ese motivo, poco es lo que se sabe de ellos, aunque, por supuesto, también hay excepciones, entre ellas la del poeta Juan Álvarez Gato.

Nuestro hombre era miembro de una auténtica saga familiar de oficiales al servicio de la Corona, algo que parece haber sido una constante entre los conversos cercanos a la reina. En su caso, la constancia familiar en el servicio regio se extiende nada menos que desde el siglo XIV, pues ya su abuelo, Fernán Álvarez Gato, fue tesorero, y quizá también miembro del consejo real hacia 1392, primer año en el que se tiene noticia del personaje. Año, además, muy significativo, pues para ese momento ya se había producido la primera gran oleada de conversiones de judíos al cristianismo, y los otrora hebreos podían afianzar sus carreras en la Casa y Corte como consecuencia de su nueva situación religiosa⁷⁰.

Su nieto fue servidor de la Casa Real ya en tiempos de Enrique IV, aunque tras su muerte se pasó al partido de los futuros Reyes Católicos. Esa circunstancia le permitió seguir vinculado al servicio de la Casa real, como demuestra su condición de contino y de escribano de cámara de la reina, oficios a los que quizá haya que añadir también, al menos durante algunos años, el de mayordomo⁷¹.

Similar en muchos sentidos es el caso de los González de la Hoz, otra familia judeoconversa destacada por su servicio a la Corona, algunos de cuyos miembros se contaron también entre los oficiales de Isabel la Católica⁷². El fundador

⁶⁹ T. de Azcona, *Isabel la Católica...*, p. 687 y ss. M.A. Ladero Quesada, *La España de los Reyes Católicos...*, p. 271, habla de la “presencia sobresaliente” de Talavera como arzobispo de Granada.

⁷⁰ F. Márquez Villanueva, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato...*, pp. 53 y ss.

⁷¹ Véase F. Márquez Villanueva, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato...*, pp. 29 y ss.

⁷² Según datos aportados por M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 118 y ss.

del linaje, Alfonso González de la Hoz, sirvió como contador de cuentas a Juan II y a Enrique IV. Con el cambio de reinado su situación mejoró, ya que se contó entre los consejeros de los Reyes Católicos. Entre sus hijos, otro consejero de Isabel y Fernando, el protonotario Esteban González de la Hoz, que ya había servido en su momento a Enrique IV; del aprecio en que le tenía la reina es buena muestra el hecho de que le ofreciera dos mitras episcopales, las de Calahorra y Astorga, que González de la Hoz se permitió el lujo de rechazar. Sus hermanos Alfonso y Gómez también estuvieron al servicio de los Reyes Católicos, como lo estuvieron, asimismo, algunos de sus sobrinos.

De otros modestos servidores conversos de la reina apenas podemos ofrecer algo más que sus nombres y cargos, así como las vinculaciones familiares que les unían frecuentemente a otros oficiales de mayor relevancia: Diego Ramírez de Lucena, hermano del ya citado protonotario Lucena, que fue contino de los soberanos en su calidad de hombre de armas⁷³. García de Alcocer, hermano del Doctor Juan Díaz de Alcocer, que fue también contino de los reyes, así como su secretario, aunque no se contó, ni muchísimo menos, entre los secretarios más influyentes del reinado⁷⁴. Lope Velázquez de Cabrera, hermano de Andrés de Cabrera, que fue maestresala⁷⁵...

Para terminar con esta etapa, parece necesario formular una pregunta que es imposible de eludir: ¿formaron los servidores judeoconversos de Isabel la Católica una camarilla de poder en el seno de la Casa y Corte de la soberana durante las primeras décadas del reinado? Todo parece indicar que la respuesta a esta pregunta debe ser afirmativa⁷⁶.

Como se ha señalado, durante los años iniciales del reinado el grupo de conversos próximos a Isabel “ocupó un lugar destacado” en el gobierno y la administración de Castilla; la descripción de su intensa actividad así lo demuestra:

coordinados por el poderoso secretario Fernán Álvarez trabajaban Juan de la Parra y Fernando de Zafra en la organización político-eclesiástica del reino de Granada y las primeras directrices de la política exterior de la Corona; el doctor y miembro del Consejo real, Rodrigo Maldonado,

⁷³ M. Diago Hernando, “El protonotario Lucena...”, p. 262.

⁷⁴ M^a P. Rábade Obradó, “El Doctor Juan Díaz de Alcocer...”, p. 270.

⁷⁵ M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, p. 182.

⁷⁶ Siguiendo a F. Márquez Villanueva, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato...*

tenía ‘todo el gobierno de los negocios’; el cronista Hernando del Pulgar desplazó a Palencia y a Enríquez del Castillo del puesto de cronista oficial; y el jerónimo Hernando de Talavera [...] –obispo de Ávila y confesor real– se convirtió en uno de los principales inspiradores de la política eclesiástica y hacendística encargándose de la reorganización de la Cancillería, la Hacienda Regia y diversos asuntos relacionados con la vida de Palacio⁷⁷.

La disgregación del entorno judeoconverso de Isabel la Católica

La influencia del selecto grupo de judeoconvertos que rodeaba a la reina empezó a declinar a partir de los años iniciales de la década de los noventa, pues fue precisamente después del fin de la guerra de Granada cuando se produjo “un cambio generacional y un relevo paulatino de los equipos de gobierno”⁷⁸. Se trató de un relevo generalizado, que en el bienio 1497-1498 afectó a los que hasta ese momento habían actuado como secretarios y miembros del consejo real. Los motivos por los que se produjo ese relevo son diversos.

Por un lado, la necesidad de acomodar a los oficiales que servían al príncipe Juan, destinados a formar el equipo de gobierno del futuro, y que habían quedado en una situación complicada después de la muerte de su señor⁷⁹; también, la realización de un cambio generacional que ya se apreciaba como necesario,

⁷⁷ En palabras de A. Fernández de Córdoba Miralles, “Sociedad cortesana...”, p. 59.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 60.

⁷⁹ Como recuerda J. Martínez Millán, “De la muerte...”, p. 45, “los servidores del príncipe, que habían soñado con ocupar el gobierno central de una gran monarquía en cuanto don Juan hubiera sucedido a sus padres, tras su muerte buscaron nuevas alternativas políticas que hicieran realidad sus contingentes aspiraciones”. Fue entonces cuando comenzó a imponerse “el partido ‘aragonés’ o ‘fernandino’”, cuyo núcleo “estaba formado por servidores aragoneses de origen judeoconverso, buena parte de los cuales habían formado parte de la Casa del rey Juan II, padre del Rey Católico, que se allegaron a Castilla cuando éste se afianzó en el poder” (p. 56), aunque junto a ellos también formaban en el partido “fernandino” oficiales castellanos que fueron parciales del soberano desde el mismo momento de su matrimonio con Isabel (pp. 57-58). En cualquier caso, puede afirmarse que los judeoconvertos castellanos fueron sustituidos por los aragoneses, que, como aquéllos, disponían de una amplia experiencia al servicio de la Corona.

pues los hombres en los que se había apoyado la reina para acceder al trono primero, y consolidarse en él después, que la habían secundado durante años en las tareas de gobierno, empezaban a envejecer. A todo esto hay que unir las denuncias contra los oficiales que fueron removidos, relativas a malversaciones fiscales, tal vez motivadas por el afán de algunos de apartar de la corte a un grupo de judeoconversos que se estimaba demasiado poderoso ⁸⁰.

Cierto es que la salida de la corte se hizo en condiciones muy buenas, por más que significara un apartamiento del poder. Como ya señaló en su momento Gonzalo Fernández de Oviedo en sus *Batallas y Quinquagenas*, quedaron “muy acrecentados e rricos” ⁸¹. En efecto, los soberanos se comportaron muy generosamente con los servidores a los que despedían de su lado.

En ese retiro más o menos tranquilo en que les había sumido la salida de la corte, los judeoconversos que tan eficazmente habían secundado a Isabel durante las primeras décadas de su reinado llegaron al final de sus vidas. Un final que, de alguna forma, les volvió a vincular con la reina: Fernando Álvarez de Toledo y el doctor de Alcocer fallecieron también en 1504, el protonotario Lucena murió muy posiblemente hacia el final de 1501, el óbito de fray Hernando de Talavera se produjo en 1507... Así, en palabras de Márquez Villanueva, “una selecta generación de españoles, más generosa que afortunada, abandonaba en aquellos días el tablado de la historia” ⁸².

El entorno judeoconverso de Isabel la Católica y la actividad inquisitorial

Varios de los colaboradores judeoconversos de Isabel la Católica hubieron de hacer frente al embate inquisitorial, no necesariamente en sus propias carnes, pero sí al menos en las de parientes muy cercanos. En cualquier caso, es evidente que la Inquisición se convirtió en una constante amenaza para los oficiales conversos, que temían –y con motivo– las consecuencias que podía tener

⁸⁰ Sobre esta cuestión se ha de consultar la bibliografía que aporta A. Fernández de Córdoba Miralles, “Sociedad cortesana...”, p. 62, notas 45 y 46.

⁸¹ Citado por A. Fernández de Córdoba Miralles, “Sociedad cortesana...”, p. 62, nota 46.

⁸² F. Márquez Villanueva, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato...*, p. 89.

una actuación inquisitorial contra ellos mismos o contra sus familiares más próximos ⁸³.

La Inquisición se cebó especialmente con la familia de Fernando Álvarez de Toledo, aunque el secretario regio no fue procesado personalmente ⁸⁴. Sin embargo, experimentó el dolor –y la infamia– que le produjo la muerte en la hoguera de su hermano fray García de Zapata, condenado por la Inquisición cuando era prior del monasterio jerónimo de La Sisla, cerca de Toledo, si bien es cierto que años después la familia tuvo, al menos, el consuelo de su rehabilitación. Otros parientes de Fernando Álvarez de Toledo tuvieron también que enfrentarse al temible embate del Santo Oficio: entre ellos, otro de sus hermanos, Francisco Álvarez de Toledo, maestresala de la catedral toledana, que también fue procesado por la Inquisición, aunque salió con bien del proceso, pues resultó absuelto.

De Hernando de Zafra se puede decir otro tanto: si bien la Inquisición nunca actuó contra él, sí que lo hizo contra algunos de sus parientes más cercanos. Entre ellos, su suegro, Diego García de Salamanca, que falleció en 1502 mientras era procesado por la Inquisición; por ese motivo, los soberanos optaron por hacer gracia de todos sus bienes a Zafra, en caso de que el Santo Oficio condenara a su suegro y dispusiera la confiscación de dichos bienes ⁸⁵.

Más afortunados fueron los Cabrera, aunque tampoco quedaron totalmente al margen de la actividad inquisitorial: contra dos de los hermanos de Andrés, Fernando y Alfonso, se recogieron algunos testimonios incriminatorios, aunque su vaguedad, unidad a su singularidad (tan sólo un testimonio, en cada caso) hicieron que los inquisidores optaran por no iniciar proceso contra ninguno de los dos ⁸⁶.

⁸³ J. Martínez Millán, “De la muerte...”, p. 58, señala el uso que Fernando y sus partidarios hicieron de la Inquisición: “tuvieron muy claro desde el principio la utilidad de esta institución para fines políticos y sociales, y la emplearon como ‘arma de revolución social’ con la que expulsaron a sus enemigos de los oficios de la Monarquía y del gobierno de las ciudades”. Precisamente por esos motivos, no es extraño que, muerta la reina, los desplazados se crearan grandes expectativas (que como es evidente nunca llegaron a hacerse realidad) respecto a Juana y Felipe (pp. 66 y ss.).

⁸⁴ Aunque sí es cierto que se recogieron algunos testimonios incriminatorios contra él; sobre los problemas de la familia con la Inquisición, véase M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 66 y ss.

⁸⁵ J. Martínez Millán, “Las élites de poder...”, p. 118.

⁸⁶ M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 199–201.

Aunque el protonotario Lucena tuvo la fortuna de salir con bien de su incidente con la Inquisición, no tuvieron la misma suerte algunos de sus familiares. Su madre, Catalina Ramírez, que había dado el paso de convertirse al cristianismo, fue condenada por la Inquisición años después de su muerte, aunque uno de los hermanos del protonotario, Carlos de Lucena, logró evitar la confiscación de sus bienes, si bien algunos acabaron siendo efectivamente confiscados años después, cuando su hijo Gaspar de Lucena resultó también condenado por el Santo Oficio. Ciertamente es que no está claro si Gaspar fue condenado por criptojudío o por luterano, motivo este último por el que fue condenada, sin ninguna duda, su hermana Petronila ⁸⁷.

Ya se ha aludido con anterioridad al proceso inquisitorial que en tantos apuros puso al linaje Arias de Ávila ⁸⁸. Juan Arias de Ávila trató de evitar que se iniciara, llegando, incluso, a dejarse extorsionar por algunos judíos y conversos, pensando que si se sometía a su chantaje y les pagaba las sumas que le exigían lograría evitar el escándalo de ver a algunos de sus parientes procesados. Sin embargo, el proceso se llevó a cabo, y su desarrollo estuvo marcado por las continuas quejas y protestas del prelado, que habitualmente obtuvo el apoyo del pontífice, mientras que los Reyes Católicos no dudaban en ofrecer todo su apoyo a los inquisidores.

Arias de Ávila consiguió que el proceso se resolviera, finalmente, en Roma, donde todo estaba a su favor, pese a las maniobras en su contra de Isabel y Fernando. Así, no es de extrañar que se saldara con la absolución de los procesados, y que, de paso, se frenara en seco cualquier ulterior iniciativa de procesar a otros miembros de la familia. El obispo ya no regresó a Castilla, pero su caída en desgracia no afectó a sus parientes más cercanos: otro Juan Arias de Ávila, segundogénito de su hermano Pedro, y su heredero como consecuencia de la muerte prematura del primogénito, Diego, que apenas sobrevivió a su padre, fue elevado a la alta nobleza por los Reyes Católicos, convirtiéndose en el primer conde de Puñonrostro ⁸⁹. Otro de sus hermanos, Pedro, fue también leal servidor de los soberanos, terminando sus días en las Indias, donde desarrolló una brillante carrera ⁹⁰.

⁸⁷ M. Diago Hernando, "El protonotario Lucena...", pp. 254 y ss.

⁸⁸ De acuerdo con bibliografía indicada en la nota 59.

⁸⁹ M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 115-116.

⁹⁰ P. Álvarez Rubiano, *Pedrarias Dávila: contribución al estudio de la figura del "Gran Justador"*, gobernador de Castilla del Oro y Nicaragua, Madrid 1944.

Fray Hernando de Talavera no tuvo tanta suerte como los tres anteriormente citados, pues él sí que tuvo que enfrentarse personalmente a un proceso inquisitorial, que con toda seguridad hubo de resultarle muy doloroso. Pese a su excelente reputación, fue procesado por el tristemente famoso inquisidor Lucero, en el contexto de una actuación inquisitorial que afectó también a algunos de sus parientes más cercanos. Aunque la sentencia fue —no podía ser de otra forma— absolutoria, el venerable arzobispo de Granada falleció sin conocer su absolución ⁹¹.

A la Inquisición, pues, no la paraban ni la condición de eclesiásticos de algunos judeoconvertos, entre ellos el arzobispo de Granada, con fama además de hombre santo, ni las frecuentes muestras de adhesión al cristianismo, en las que por cierto fueron pródigos los oficiales judeoconvertos al servicio de los Reyes Católicos; una adhesión al cristianismo que a veces se proclamaba de forma demasiado ostentosa, y hasta exhibicionista, quizá para que no suscitara dudas a los que se empeñaban en no olvidar su ascendencia hebrea. Sobre todo, fue muy frecuente “la fundación y dotación de memoria funeraria”, que “era parte habitual en los procesos de promoción social y constitución de linaje” ⁹².

Andrés de Cabrera y Beatriz de Bobadilla fundaron un convento dominico en la aldea de Carboneros, en su señorío de Moya. El cenobio estaba destinado a convertirse en el panteón familiar y contaría con dos capellanías perpetuas, cuyos capellanes llevarían una vida muy ocupada, tal era la cantidad de aniversarios y otras celebraciones que tenían que efectuar, no sólo por las almas de sus fundadores, sino también por las de los otros miembros del linaje, pero también por las de Enrique IV, los Reyes Católicos y otros personajes de la familia real castellana ⁹³.

Fernando Álvarez de Toledo se hizo edificar una capilla sepulcral en la iglesia de San Salvador de Toledo, de la que era parroquiano ⁹⁴. Colocada bajo la advocación de santa Catalina, era de buen tamaño y estaba ricamente aparejada, a la par que generosamente dotada.

Hernando de Zafra fundó en Granada, ciudad donde se había avecindado, un convento de dominicas bajo la advocación de Santa Catalina. Dispuesto para que en él habitaran once monjas, fue magníficamente dotado, contando con

⁹¹ Véase T. Herrero del Collado, “El proceso inquisitorial por delito de herejía contra Hernando de Talavera”, *AHDE* XXXIX (Madrid 1969), pp. 671-706.

⁹² M.A. Ladero Quesada, *Hernando de Zafra...*, p. 123.

⁹³ M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 195 y ss.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 64 y ss.

doscientas fanegas de trigo y 30.000 maravedíes de renta anual, además de los correspondientes ornamentos litúrgicos. El convento estaba destinado a albergar su sepultura, y en él debía procederse a la celebración de diversos oficios religiosos en sufragio por su alma y por las de sus parientes ⁹⁵.

El doctor de Alcocer fundó también capilla sepulcral, en este caso en la iglesia de san Miguel de Valladolid; situada bajo la advocación de san Juan Evangelista, recibió una espléndida dotación, vinculada con la celebración de numerosos actos litúrgicos ⁹⁶.

Juan Arias de Ávila, destinado, como obispo de Segovia, a ser enterrado en su catedral, dispuso que se dijeran sobre su tumba los habituales aniversarios, al tiempo que hacía objeto a la catedral de una generosa donación de ornamentos y vestimentas litúrgicas de su propiedad; donó también a la catedral su biblioteca, que debía ser especialmente voluminosa, así como muy valiosa. Además, estableció un hospital para la acogida de pobres y ordenó que se terminara, con cargo a su hacienda, la restauración de la ermita de San Cosme y San Damián, situada a las afueras de Valladolid ⁹⁷.

Una cierta excepción a lo que parece ser la regla general es el caso del protonotario Lucena. Aunque mostró una evidente preocupación por disponer su enterramiento de forma acorde con la posición alcanzada, exigiendo que sobre su lápida se hicieran labrar sus armas, y aunque también se preocupó por entregar algunas generosas donaciones a la iglesia de Santo Tomé, donde deseaba ser sepultado, sin embargo:

en ningún momento deja establecido que se diga después de su muerte ni una sola misa por el descanso de su alma, ni que se celebre ninguna de las otras ceremonias piadosas que era habitual exigir en los testamentos.

Cabe preguntarse por los motivos que le llevaron a actuar así, aunque tampoco es sencillo ofrecer una respuesta ⁹⁸.

⁹⁵ Véase M.A. Ladero Quesada, *Hernando de Zafra...*, pp. 123-124.

⁹⁶ M^a P. Rábade Obradó, "El Doctor Juan Díaz de Alcocer...", pp. 271-273.

⁹⁷ M^a P. Rábade Obradó, *Una élite de poder...*, pp. 128 y ss.

⁹⁸ M. Diago Hernando, "El protonotario Lucena...", p. 270, ofrece este dato, y lo vincula con las hipótesis que sobre la religiosidad del protonotario ha ofrecido A. Alcalá, "Juan de Lucena y el pre-erasmismo español", *Revista Hispánica Moderna* 34 (Filadelfia 1968), pp. 108-131.

Conclusiones

Los muchos colaboradores conversos que rodearon a la reina, y la relevancia que tuvieron, evidencian que no se pueden achacar, como a veces se ha hecho un tanto frívolamente, prejuicios antisemitas a la soberana. Y aunque pueda parecer paradójico, la alta consideración que la merecían sus oficiales conversos no está reñida con su condición de impulsora de la Inquisición española.

La importante presencia de conversos en la Casa de Isabel la Católica, con la formación de ese entorno judeoconverso al que se han dedicado las páginas precedentes, demuestra las posibilidades de integración que la sociedad castellana del momento ofrecía a los cristianos nuevos. Unas posibilidades de integración, eso sí, permanentemente amenazadas por la existencia de la Inquisición, cuya actividad podía acarrearles funestas consecuencias.

Pese a la amenaza inquisitorial, los oficiales judeoconversos de la Casa y Corte de Isabel la Católica ejemplifican muy bien en sus trayectorias vitales el

modelo de cómo se ascendía en la corte castellana a fines de la Edad Media, a partir de niveles modestos hasta puestos de primera importancia, mediante la combinación de aptitudes, buena fortuna, apoyos y, sobre todo, confianza regia ⁹⁹.

Si es cierto que al servir a la Corona lograron un encumbramiento que difícilmente podrían haber conseguido por otros medios, también es cierto que con sus servicios contribuyeron a la grandeza de un reinado que abrió nuevos horizontes a la historia de España.

⁹⁹ M.A. Ladero Quesada, *Hernando de Zafra...*, p. 11.